

NARRAR LO INENARRABLE DEL ACONTECER DE DIOS EN LA MISIÓN

Elsa Viviana Quispe, MC¹

Resumen

Este escrito narra la experiencia de consagradas/os en el Chaco paraguayo que buscan vivir el Evangelio en un contexto desafiante. Se destaca la sinodalidad como respuesta a la llamada del Espíritu en medio de dificultades sociales y eclesiales. Se resalta la importancia de la escucha, la interculturalidad y la respuesta a los clamores de los marginados. A pesar de los desafíos, se vislumbran posibilidades de renovación y crecimiento en la comunidad, fortalecidas/os por la fe en el Resucitado.

Palabras clave: Consagradas/os, Misión, Escucha, Sinodalidad, Interculturalidad.

Introducción

*"Las consagradas y consagrados en misión, movidas/os por una mística profético-sapiencial e institucionalmente articuladas/os, buscamos responder a los desafíos de cada tiempo, tejiendo relaciones humanizadoras e interculturales, escuchando el grito de los pobres y de la tierra y acogiendo la fuerza de la Resurrección"*².

El presente escrito es un intento de narrar lo inenarrable del acontecer de Dios en nuestra vida comunitaria en el Chaco paraguayo. Ancladas como estamos en la actual mística profética de los consagradas/os y entrelazadas por la fuerza de la misión buscamos hacer vida el evangelio en este rincón del mundo a donde el "desarrollo" va llegando lentamente.

Desde la oscura noche del presente sin Dios, de una sociedad globalizada por el individualismo que se dice católica pero que se niega a vivir los valores del Evangelio, como vida consagrada escuchamos cual eco eterno el llamado del Espíritu que nos da la osada esperanza al despuntar la aurora (Horizonte inspirador – Mujeres del Alba) para salir en busca del Amado y encontrarle en el camino, paradójicamente a Él que es el camino.

¹ Religiosa Mercedaria de La Caridad. Nació en La Quiaca – Jujuy- Argentina. Realizó su formación y misión de caridad en Argentina, Chile, Colombia, Brasil y Paraguay. Actualmente hace parte de la Comunidad Intercongregacional de la CONFERPAR Bahía Negra – Alto Paraguay en el Vicariato Apostólico del Chaco.

² CLAR, "Horizonte Inspirador – Mujeres del Alba", 2022-2025, 11-12.

¿Qué nos mueve Señor?

Cuando partimos presurosas hacia la tumba vacía, en la coyuntura existencial en la que nos sitúan nuestras historias personales, congregacionales, culturales, regionales, donde el cambio de época ha generado el caos necesario en busca de tu acción creadora.

Nos mueven... nuestros pies que ardientes de amor que acuden justo a la hora en que algunas tinieblas de los acontecimientos eclesiales rompen el débil cascarón que ha recubierto un cierto caminar distanciadas por lecturas sesgadas, pensamientos divergentes, ideologías, estructuras, culturas. Hoy hacemos camino, desde nuestros dones y posibilidades. Algunas de pies ligeros y otras de contemplar abierto, muchas de manos extendidas y todas de corazón apretado por rostros tallados en lo cotidiano de nuestro peregrinar.

Nos mueve este portal de luz eclesial (presente sinodal) que resitúa nuestros perdidos ojos en horizontes pasados, en este portal que hilando sentido une alfa y omega, lo temporal y la eternidad en la que nos eclipsamos cuando corremos al encuentro del Resucitado.

Extasiadas por la voz de Cristo que continúa pronunciando nuestros nombres en el corazón de su pueblo, lloramos las desilusiones de nuestra humanidad herida y gritamos las injusticias cometidas contra el inocente, desgarrada nuestra caridad por tanta muerte, cuando nos aferramos a la fiel esperanza que abraza la dicha de reconocerlo presente y actuante, cambiando nuestras interpretaciones y devolviéndonos al seno de la comunidad eclesial.

Dice un antiguo Soneto a Cristo crucificado (anónimo) "tú me mueves Señor... muéveme el verte clavado en la cruz..." Esas cruces que mantienen clavado al inocente para satisfacción de unos pocos; nos mueve tu humanidad llagada de tal manera que crucificadas en ti, hacemos camino con los crucificados de este tiempo, desde nuestro Getsemaní hasta la tumba vacía que revela tu extremo amor.

Nos mueve el imperioso anhelo de inaugurar una nueva humanidad en la "tierra sin males" que Él nos regaló, allí donde se funden lo humano y lo divino en las aguas bautismales. Tú nos mueves Señor del Alba, plenitud de luz, tú que desde nuestra pequeñez agigantas el grito liberador para los despreciados de esta tierra, en esta parcela de humanidad con la que inauguramos Reino.

Experiencias de escucha en el Espíritu

Nuestras fundadoras/es hombres y mujeres del siglo XIX escuchando el dolor de su pueblo, escucharon también al Espíritu que los condujo a dar la respuesta adecuada, de esa misma manera hoy escuchamos atentamente esos clamores, esas realidades que son como las brasas que queman nuestros pies descalzos en la búsqueda de nuestro Hermano Jesús, que al explicarnos cómo hoy se cumplen las Escrituras nos impulsa al seno de comunidades con experiencia del Resucitado.

En la dinámica eclesial sinodal nos abrimos cotidianamente a la escucha del Maestro en cada ser humano que golpea nuestros sentidos con su presencia siempre sorprendente y nueva. En esta escucha coyuntural tenemos la certeza de Pablo: «Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado.» (Hch 2,36). Así es que al Resucitado lo reconocemos en el crucificado, a su vez, éste se va desvelando a nuestros sentidos en los crucificados del mundo.

Rompiendo esquemas culturales, como el ciego de Jericó, hemos soltado nuestras seguridades personales y congregacionales, de trabajo, de ciudad... Y ante el bullicio de la multitud corrimos al encuentro del Rabí para pedirle que tenga compasión de nosotros, de nuestra vida personal e institucional que por momentos se comprende a la vera del camino esperando el milagro para ver y caminar en un discipulado que siga las huellas del Resucitado (Cf. Mc 10,46-52).

Este ver se entiende como el continuo proceso de conversión personal e institucional al que somos llamadas/os cada amanecer. Conversión que es esperanza como también pilar de nuestra fe y fuego de nuestra caridad. Conversión que es la luz en el caminar sinodal, ingrediente esencial y firme para la vida cristiana y que siendo proceso no deja de sorprendernos y alentarnos cuando nuestros usos y costumbres hacen de filosas piedras en el caminar comunitario.

Estas cargas inherentes a nuestra debilidad humana, lejos de retrasar procesos los impulsan a nuevas decisiones, a determinaciones por correr al lado del Cristo que nos salve de la inmovilidad a la que nos redujo el encierro engeguecedor de estructuras obsoletas delante de la novedad del Mesías en este siglo.

Nos dispusimos a poner en obras lo que el Espíritu clamaba, primero a tientas, luego Él vino a nuestro encuentro, entre las luces de pleno día y

nuestras sombras de la noche institucional, gradualmente nos acercamos al fuego de su amor. No nos detuvieron los agoreros del mal que nuestro inconsciente alberga y en un pacto silencioso pero abierto decidimos solo permanecer allí, por donde Él pasa y continuará pasando.

Desafíos

Convocadas/os por la Conferencia de Religiosos del Paraguay, nuestras animadoras/es provinciales acogieron como don el Horizonte Inspirador de la CLAR, en octubre del 2022 y se dispusieron a hacer vida aquello que clamaba en el corazón de todas/os. Se encontraron con el gran desafío de optar por nuevas dinámicas de vida consagrada en la que todos los carismas florezcan al unísono de la comunión en Cristo. A su vez escuchando la realidad actual de nuestro país, se experimentaron urgidas/os a dar respuesta al clamor ensordecedor de los marginados de nuestra sociedad y con la valentía del amor se pusieron en camino sinodal.

El Espíritu nos trajo rápidamente el pedido de auxilio del Obispo del Vicariato Apostólico del Chaco, Monseñor Gabriel Escobar. Dos eran las urgencias y los superiores mayores optaron por responder al clamor indígena Ischir Hibitoso. Es así, que las congregaciones se dispusieron a dar lo que tenían, algunas podían liberar hermanas y otras, bienes materiales; todo para que el sueño de Dios en este presente se hiciera realidad.

El desafío intercongregacional e intercultural al que fuimos llamadas/os, nos llevó hacia los confines del Alto Paraguay, a una ciudad llamada Bahía Negra, en cuya vera se encuentra Puerto Diana, una comunidad muy numerosa de indígenas Ischir. El desafío de comprender la voz de Dios, hoy como en tiempos ancestrales, la voz que clama en nuestro desierto existencial, esa voz que fue susurro inicial, estruendo actual, afianzo nuestro apoteósico caminar en una fértil tierra, a la vera del río Paraguay en la que hacen patria un puñado de los así llamados “latinos”, criollos que en busca de trabajo han hecho de este solar su bandera.

Entre el armonioso canto de las ranas, el festivo bullicio de mosquitos y los rojos atardeceres, fuimos descubriendo anhelos que esperan florecer en este vergel de Dios. El vivir acompasado de los vecinos, llevo todo nuestro ser buscador de eternidad al monte Siquem de nuestros inicios, allí donde Él hizo alianza con cada una/o y reconociéndonos su pueblo, sus elegidas/os en esta Alianza esponsal nos atrevimos a exclamar que se haga tu voluntad.

Y a solo dos kilómetros de tierra, pero a solo un suspiro divino, está Puerto Diana en la que nuestros hermanos Ischir hibitosos, tratan de sobrevivir a los embates de la globalización que los ha postrado ante los potentados estancieros, en algunos ha masacrado toda esperanza y a otros los ha situado en la dinámica vital por permanecer aferrados más que nunca a sus valores ancestrales.

Allá contemplamos cómo la humanidad del Hijo se desangra lentamente en la cruz, que ahoga gemidos por justicia y piedad, y clama a Dios Padre y Madre, aun cuando sus fuerzas ya no creen más en la humanidad que se escurre entre sus manos cual agua que se pierde en el pantanal del sin sentido. Más, cual río sagrado, permanecen en el cauce de la vida, cuyo lecho anegado con la fe de sus ancestros, los mantiene en el devenir de la historia con la fiel convicción de que habrá un mañana mejor. Realidad que nos urge acompañar como Juan, junto a María.

Como siempre, en todo camino emerge en el horizonte, un hito, esos que no te dejan perder el rumbo y en el que nuestros ojos se arroban de alegría. Nos encontramos con Bety, una mujer de fe que desde su corazón sangrante cantaba, abriendo sus brazos en una acogida increíble de felicidad... "Alabado sea el Santísimo sacramento del Altar..." Y escuchamos una vez más cómo la bondad de Dios hace maravilla en nuestra humanidad pobre y pequeña. Ella, como María, la Madre de Jesús nos enviaba a "hacer lo que él nos diga".

Retomamos el camino en cada amanecer, que nos afianza en la siempre nueva convicción de que Él acompaña nuestro caminar y nos lleva a una nueva interpretación de los acontecimientos. Y nos sentamos a la mesa servida de experiencias sinodales para decirle "Quédate con nosotros". Ahora que parece que el camino es pantanal, ahora que las huellas desaparecieron de tantas tormentas por el cambio de época, ahora que podemos sentirte cerca, no nos abandones Señor... (Plegaria del amor que se funde en el amor divino).

Y es que el Resucitado nos trajo a una nueva vida de comunidad para testimoniar lo que Él nos reveló en el peregrinar; mientras nos preguntábamos que pasó con nuestras ilusiones, Él nos devolvió la mayor ilusión; cuando tratábamos de entender lo que creíamos, Él nos iluminó la vida y le dio un nuevo sentido en este principio sinodal de unir diversidad carismática en el mismo amor para evangelizar en las periferias no solo geográficas sino también existenciales como lo pide nuestro Santo Padre, el papa Francisco.

Es un gran desafío vivir como Iglesia domestica que hace camino sinodal en un contexto intercultural, donde se encuentran pasado, presente y futuro de ancestrales civilizaciones. Sin embargo, hacemos camino entre la multiplicidad de posiciones existenciales, que lejos de separarnos nos funde en el amplio horizonte de la fiesta del compartir el mismo evangelio de la misericordia, que afianza calidad de vida y caridad. Allí donde lo mío pasa a ser nuestro y nos da identidad; allí donde las banderas se enredan en sabores que extasían el paladar y rompen las fronteras que nos separan. Allí donde el conocer nos revela el amor y el amor divino nos funde en el gran abrazo sinodal bajo la carpa del encuentro.

Posibilidades

Son infinitas y finitas según vaya aconteciendo el Reino en nuestras dinámicas comunitarias que se van gestando en el día a día de la misión de puertas abiertas, ilusionadas con la novedad del Evangelio que va tiñendo nuestras relaciones insipientes pero centradas en la fe del Resucitado.

La interculturalidad como un proceso exigente de escucha, de interpretaciones, de actores sociales comprometidos con el bien común... nos abre un abanico de caminos, sin embargo, sabemos que el único camino para nuestra realidad de consagradas/os es el CAMINO.

Cuando “solo Dios basta”, como decía Santa Teresa, solo Dios acontece. En las periferias geográficas donde muchas cosas faltan, allí es donde Dios se manifiesta providente. Entre los que aparentemente han sido olvidados por sus hermanos, allí acude el amor para hacer florecer la familia divina. Porque en estos confines la naturaleza habla de Dios y la humanidad esta sedienta de la lluvia siempre fértil de la Palabra de Dios.

La posibilidad de acompañar el peregrinar histórico de los pueblos ancestrales agiganta la esperanza de un nuevo horizonte eclesial cuya carpa de encuentro sinodal se amplía cada vez más en el reconocimiento de identidades, saberes y fe.

Perspectivas

La sinodalidad nos ha sacado de nuestras seguridades en cuanto nos vamos despojando de estructuras uniformes en las que no era posible conciliar la diversidad carismática y nos ha unido en lo autentico de nuestra fe, afianzando nuestros carismas institucionales en las dinámicas

evangélicas. El valor de lo humano y sus horizontes epistemológicos, de acuerdo con la diversidad de las culturas es el acuciante grito que va empedrando los suelos que pisamos para darle firmeza al andar junto al Pueblo Don de Dios para nosotras/os.

La interculturalidad nos ha situado en el monte desde el cual oramos sostenidas/os por nuestras hermanas/os; al igual que Moisés necesitamos que nuestros orantes brazos no declinen en su fuerza para que Dios venza en nuestras debilidades. Y como Jesús en el monte de los olivos, necesitamos de amigos que acompañen nuestra súplica para acoger la voluntad divina. Aquí se revela la amistad humana que supera la distancia cultural.

Como dice un canto joven del siglo pasado: “un nuevo sol se levanta, sobre la nueva civilización” que se va gestando en este inicio de caminar sinodal que inauguramos cada día en los diferentes espacios que transitamos como buscadoras/es del CAMINO, la VERDAD y la VIDA.

Conclusión

“Y estando a la mesa, tomó el pan y pronunció la bendición; luego lo partió y se los dio. Entonces los ojos de los discípulos se abrieron y lo reconocieron, pero él había desaparecido de su vista.” (Lc 24,30-31).

Caminamos entre luces y sombras personales. Como a los discípulos, arden nuestros corazones al escucharle interpretar las escrituras en los acontecimientos comunitarios y de misión. Nosotras/os que como las mujeres del Alba corremos presurosas llevando nuestros mejores perfumes, caemos muchas veces en el desencuentro de buscarlo en tumbas vacías donde no está el Amado. Sin embargo, Él se hace el enconradizo en cada monte donde la vida nueva nos trae a la realidad del Resucitado, cada día con generosas sonrisas que llevan a nuevos encuentros en el devenir de nuestra historia continuamente estrenada de Reino.

Caminamos una/o al lado de la otra/o, caminan nuestros pueblos uno al lado del otro, mientras nos narramos nuestras desilusiones, la novedad del amor peregrino nos revela la verdadera interpretación de la Palabra que Dios ha escrito en el seno de su Pueblo. Los desafíos de nuestros desiertos acercan el Sinaí cotidiano en el que vamos recibiendo mandatos de comunión y participación en una misión que es siempre nueva. Caminar junto al Pueblo de Dios, sus llamados, sus escogidos, sus discípulos, nos da la certeza que en el partir el pan lo reconoceremos.

Parafraseando una canción de Eduardo Meana, "solo tenemos caminos, caminitos... Ante un Dios que se llama CAMINO" porque anhelamos vivir itinerantes como el Jesús terreno, que no tenía donde reclinar su cabeza (Cf. Mt 8,20), para vivir en una comunidad discípula y siempre en misión.

"Que el caminar te apacigüe y te hermane, te cure y te absuelva desde el respeto sabio que los pasos pequeños enseñan..." (Eduardo Meana, Solo tengo Caminos).